

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

LA HISTORIA DE ACAZÓNICA Y SU PAISAJE

Sergio R. Vásquez Zárate

Agradezco la gentil invitación de las doctoras Aguilar y Nava, quienes me han dado la oportunidad de hacer comentarios sobre su libro más reciente: *La Historia de Acazónica y su paisaje*, que el gobierno del estado de Veracruz de Ignacio de la Llave, a través de su Editora ha tenido a bien impulsar. Asimismo felicito a los organizadores de este ciclo de presentaciones, especialmente a la maestra Pilar Caro por impulsar eventos que nos permiten conocer mejor nuestra entidad.

Cuando se presenta un libro se reseñan las principales características de la obra y, en su caso, se resaltan las aportaciones que la publicación puede alcanzar entre los potenciales lectores. Sana costumbre porque pese a los avances de otros medios masivos de divulgación, como el internet, los medios impresos siguen ocupando un papel central en la divulgación del conocimiento. Por ello, la presentación de un libro es siempre un motivo de festejo. Comentaré la pertinencia de este producto editorial.

Son célebres las acaloradas polémicas sobre el papel que ha jugado la microhistoria y la historia local en las ciencias sociales. En esos interminables debates se esgrimían argumentos que exaltaban o cuestionaban el énfasis que muchos historiadores han brindado a procesos culturales de un ámbito geográfico específico. Ilustrativo es el íntimo apego que Luis González y González plasmó en su *Pueblo en Vilo*, o la vasta producción de monografías que cada pueblo atesora como memoria de su identidad local. Pero ante la microhistoria, se han postulado otras escuelas del pensamiento humanístico que pretenden abarcar los fenómenos macroeconómicos desde perspectivas que minimizaban (innecesariamente) las particularidades de las pequeñas localidades.

Si atendiéramos sólo al título de este libro, creeríamos erróneamente que este libro es una historiografía local con las pautas de la historia cultural, es decir, una síntesis monográfica cuyo interés sólo pudiera motivar a la población oriunda del lugar. Sin embargo, la lectura de la obra rápidamente nos hace descubrir la pertinencia de este trabajo, sistemático e incluyente, que oscila -para bien- entre la microhistoria y la comprensión de procesos que podríamos llamar globales, como la colonización de América, la paulatina transformación del entorno, los procesos de ganaderización e incluso, el cambio climático.

En cada etapa de la historia local de Acazónica, una pequeña población de la Zona Semiárida Central de Veracruz, el lector puede encontrar analogías sugerentes con otros sitios contemporáneos y recrear, con este ejemplo, los procesos de apropiación y transformación del paisaje, los conflictos de la colonización, la expansión de la evangelización jesuita, el establecimiento de las haciendas, las luchas agrarias, e incluso, la preocupación contemporánea de la población rural, que padece las viejas y las nuevas crisis de la economía agropecuaria.

El mérito de este libro radica en la atención que las autoras conceden al aspecto ambiental, como base para entender que el éxito de toda ocupación humana no sólo radica en la riqueza de los medios naturales o en la habilidad para explotar el medio geográfico. Ambas perspectivas serían simplismos igualmente reduccionistas, si sólo conciben el desarrollo del asentamiento como el resultado de óptimas condiciones ecológicas, o por el contrario, si exaltan el poder de la tecnología como el único mecanismo transformador y propiciador de condiciones adecuadas para la vida humana.

Afortunadamente, la falsa dicotomía entre naturaleza y cultura ya ha sido rebasada. Cuando las autoras hablan de una historia y de un paisaje delatan su preocupación por entender los ejes necesarios de un contexto, es decir, incorporar las dimensiones de tiempo y de espacio como una condición imprescindible para comprender la dinámica de los procesos culturales de una población. Esta noción interdisciplinaria permite vincular los distintos escenarios geográficos con las aspiraciones sociales, e incluso, entender al paisaje como una construcción histórica en la cual se plasma la acción del hombre

y la constituye en un gigantesco documento, que bajo una metodología adecuada, permite identificar a los actores y los actos de una trama vital: la historia de la ocupación humana.

¿Cómo es posible aproximarnos a este largo proceso? Las autoras nos revelan con sencillez, la necesidad de incorporar distintos campos del saber, como la geografía, la arqueología, la historia, la biología o la etnología, entre otros. La conjunción de este esfuerzo obliga a desarrollar un arduo estudio que grosso modo, puede dividirse en investigación documental, trabajo de campo y pesquisa etnográfica.

En el transcurso de la investigación que produjo este libro, fue necesario identificar la presencia de la población prehispánica en el municipio de Paso de Ovejas, evaluando sus edificios, plazas, juegos de pelota y esculturas, tanto como su utensilios y figurillas de cerámica, sus herramientas de piedra, e incluso, otras evidencias físicas (ecofactos) que delatan la presencia y la actividad humana en tiempos remotos. Pero el trabajo de campo también recurrió a otros análisis mucho más novedosos, cuando las excavaciones estratigráficas no solo se dirigieron a descubrir más artefactos arqueológicos, sino a recuperar diminutas huellas de plantas, raíces y fitolitos, que dieran cuenta de las especies vegetales que aprovechó la población de esas épocas. Así, los pequeños restos de material orgánico, o la huella cristalizada de algunas texturas de plantas, son hoy uno de los vestigios más importantes para reconstruir paleoambientes, una de las claves para inferir cómo eran las antiguas condiciones climáticas.

El resultado de esa investigación tiene hoy una inusitada actualidad y aplicación. Las autoras descubrieron que la llamada Zona Semiárida Central de Veracruz, que ahora parece bastante inhóspita para los estándares de población agrícola, era mucho más benigna hace más de mil años. Es decir, imperaban condiciones de mayor humedad relativa, los ríos tenían mayor caudal, pero probablemente, las oscilaciones de los fenómenos meteorológicos eran mucho menos drásticas que como se presentan en la actualidad. Esto significa que, gracias a un estudio enfocado a la historia ambiental, es posible descubrir cuáles eran las motivaciones principales de las sociedades que nos precedieron, para enfrentar con eficiencia y armonía a las condiciones del medio, incluso aquellas que pudieran parecer adversas.

El pasado es la mejor manera para entender el presente, y por ende, es una base muy poderosa para prevenir situaciones en nuestro futuro cercano. Así, el libro no se estaciona en el pasado anecdótico y remoto, puede convertirse en una guía de gran utilidad para analizar algunas formas eficientes de apropiación del paisaje, que sin duda concedían a la naturaleza un papel protagónico en todas las fa-

ctas de la existencia. A veces, sus manifestaciones eran terribles y otras veces, eran el sustento de la agricultura y de toda forma de vida.

El libro se terminó de imprimir en junio de 2010, apenas unos meses antes de la terrible catástrofe que ocasionó el huracán Karl. Por supuesto, el estudio no hubiera evitado la tragedia que afectó sobremanera al municipio pasovejense, pero subraya las fuertes modificaciones que el paisaje y el uso del suelo han tenido a través de los siglos, muchas veces debido a prácticas redituables en términos económicos, pero sumamente ineficientes en términos ecológicos. Un ejemplo de esos cambios es precisamente la introducción de las ovejas, que dan nombre al municipio y a la actual cabecera municipal. Fueron los frailes jesuitas quienes introdujeron esta actividad pecuaria que convirtió en sabana lo que antes era campos agrícolas. El paisaje no solo transformó su apariencia, pues también dio lugar a cambios políticos, biológicos e incluso climáticos.

Desde entonces y cada vez con mayor intensidad, la mano del hombre ha devastado los bosques y selvas de vegetación primaria, primero para convertirlos en campos agrícolas, luego en potreros y finalmente, en páramos infértiles. Esta realidad no solo ocurrió en la pintoresca Acazónica, el lugar donde hace doscientos años encontraron refugio los insurgentes de Guadalupe Victoria. Ocurre también en casi todos los ámbitos rurales de un país que el pasado 16 de septiembre festejó el bicentenario de su independencia, para despertar al día siguiente, no con un balde de agua fría, sino con millones de metros cubos de agua que bajaban desde pendientes yermas y erosionadas, convirtiéndose en una marea de lodo que cubrió las milenarios cauces cavados por los ríos. El agua desbordada por los efectos de Karl causó numerosos daños en la región, una de las catástrofes naturales más destructivas que la población recuerda.

El problema es doloroso y muy reciente. Pero las causas pueden rastrearse a lo largo de los siglos y, por ello, un estudio como éste nos recuerda las consecuencias de nuestras acciones cuando se pretende ingenuamente, “explotar” a la naturaleza, en vez de conciliar la presencia humana en un medio antes indómito, pero pródigo.

El conocimiento es, sin duda, la base de toda plataforma de acciones que pretenda favorecer la calidad de vida de la sociedad, y por ello, la Historia de Acazónica es una aportación para la reflexión contemporánea. Esta versión editorial se basa en un trabajo recepcional a nivel doctoral, que con acierto se convirtió en un libro de divulgación, dirigido al gran público, en un lenguaje sencillo y sin rebuscamientos. Por supuesto, fue necesario omitir muchas partes de la versión original, pero habrá cumplido su propósito si el texto llega a los lectores apropiados.